

SIERRA DE ALBARRACÍN

RETROSPECTIVA DE LA ECONOMÍA
Y FORMA DE VIDA DE UNA FAMILIA
DE TIPO MEDIO DE BEZAS

Nº 11



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

Bezas

Diccionario Gráfico Estadístico Riero 1882: “Abunda el mineral de hierro y otros metales; en su parte cultivada produce mucho trigo, cebada, avena y legumbres, (sic.) los pastos que sus bosques crían sirven para sustento del ganado lanar, cabras y algunos cerdos.”

El *Madoz* también lo cita, como pueblo muy rico en trigo y otros cereales.

Pero los abuelos hablaban de cuando tenían que recoger cadillos para hacer pan; lana que las ovejas dejaban en las zarzas; moras, escalambrujos, endrinas, gayuba y majuela para comer. Esto debió ser en fechas anteriores a las citas de estos diccionarios.



Marceliano cargando estiércol en la puerta de casa para llevarlo al campo.
Foto: Julián Sánchez, 1967

Retrospectiva de la economía y forma de vida de una familia de tipo medio de Bezas

Queda expresamente prohibida la copia total o parcial de este trabajo, sea cual sea el medio o procedimiento, si se carece de autorización por escrito del autor, que deberá llevar firma de su puño y letra.

Fotografía de portada: *Bezas*
Julián Sánchez, 1984.

© Julián Sánchez Villalba
© Fotografías: El autor

IMPRESO EN ESPAÑA - Diciembre 2011

Retrospectiva de la economía y forma de vida de una familia de tipo medio de Bezas

¡Ay maño mío...! Qué miedo pasé, casi me cago garras abajo; me dijo un día mi abuelo Miguel, allá por los años cuarenta y pocos del siglo XX.

—Yo tenía casi nueve añicos y mi padre ya me estaba enseñando a ser pastor, a cuidar una cuarentena de ovejas y media docena de cabras que tenían unos cuernazos muy grandes y llevaban los tangarros más gordos y siempre iban a la cabeza del rebaño.

—Mi padre me acompañó aquel día hasta los majadales de Hoya Hermosilla, y allí me dejó con las ovejas cuidándolas, y cuando ellas dieran muestras de no tener hambre, las fuera arreando hacia casa para cerrarlas en la cueva que teníamos en Los Callejones, ya muy cerca del pueblo, allí teníamos los cordericos pequeños que no podían salir a pastar.

—Mi padre se fue en con el burro hacia casa, tenía que perder tiempo en recoger unos sacos de piñas para encender el fuego por las mañanas, así que me dijo: “hijo, tú las encarrilas por el camino de la cañada de Peña de las Cruces, y que no se salgan mucho de la senda”. Me dejó a la perra Canela, una perrica pastora muy buena para el ganado, aunque la pobrecita, para zorras y lobos no valía un pimiento; pero por lo menos ladraba mucho.

—Y cuando las ovejas ya parecía que estaban hartas, y comenzaban a balar porque echaban de menos a sus corderillos, las fui achuchando hacia el collado y llevarlas de vuelta a casa. Al llegar al collado las cabras se pararon en seco y comenzaron a bufar, como cuando lo hacen porque se asustan de algo. Yo miré y ¡huy...!, me veo un “lobazo” sentado sobre sus patas traseras. Las cabras se fueron a toparle y detrás las pobrecicas ovejas, y el lobucho se fue corriendo y se quedó mirándome con unos

ojazos relucientes, como si fuera a morderme, ¡madre mía qué ojazos! Y empecé a correr, cagadico de miedo, detrás de las ovejas, hasta Los Callejones; allí ya había gente trabajando en los cerrados y me ayudaron a cerrarlas, y les conté lo que me había ocurrido. Luego me dijo mi padre que quedaban muy pocos lobos, casi todos viejos y canosos; algunos subían por el barranco de Los Quemados a las loberas de las Hoyas de Nigo y a las del Barranco de los lobos y del Callejón Cerrado y del Escorial, se pasaban, y también había visto alguno por los Cerrados de Calixto y las Caramochuelas, y en Las Tajadas, que había mucha caza mayor y muchas cabras y ovejas, que las cerraban allí mismo y aún había corzos.

—Mi padre quiso darme valor y ánimos, me dijo que ese lobacho era viejo y tenía pocos dientes, que él ya lo conocía y cualquier día cogía la escopeta y lo mataría, y que pronto se haría grande el cachorro que estaba criando la perra de su cuñado del Campillo, un cachorro de mastín que se haría muy grande.

* * *

Con el abuelo yo mantuve unas cordialísimas relaciones hasta que murió, me entusiasmaba todo lo que me contaba (con el tiempo me he dado cuenta de cuantas trolas me contó), nos queríamos mucho, porque en aquellos azarosos años de mi infancia, él hacía muchas veces de padre y abuelo, y aprendí mucho de sus historias y anécdotas, no es fácil olvidarlas.

Cumplidos los diez años lo llevaron de pastor a la Masía de Ligros, donde existen unos impresionantes peñascos y profundas loberas aún reconocibles, extensas praderas y pinares, por donde pastaba también ganado vacuno; pero que allí ya llevaba dos grandes perros mastines con collares de púas, porque los lobos solían atacar más a los rebaños. Me decía que daba mucho miedo andar por aquellos profundos barrancones que van hacia Tormón, que no tenían fin; aquellos montañones tan grandes, guaridas de tantos animaluchos que le robaban los corderos; si no fuera



Foto del Abuelo, Miguel Villalba Caballero



Casas del abuelo Miguel en Bezas. Foto Julián Sánchez. 1991

por aquellos dos mastines..., me decía, él se habría muerto de miedo. Y me decía, riéndose, que aquella perra Canela que tenían y que su padre le había dado, por lo mucho que la quería, un día se fue corriendo detrás de un lobo y tardó mucho tiempo en volver a la masía; y poco tiempo después, en Bezas, en Los Callejones, se fue corriendo tras dos lobos que la mataron, y al día siguiente, fue a buscarla y solo encontró la cabeza.

* * *

De los relatos de los abuelos, los mismos padres, da idea la forma de vida de una familia de tipo medio-bajo, de agricultores de la Sierra de Albarracín, allá por aquellos tiempos del tercer tercio del siglo diecinueve (el abuelo murió en 1949), aunque descendamos al terreno

de la simple trola o bravuconada lo recibido oralmente de quienes lo vivieron, constituyen, sin duda alguna, unos buenos testimonios de fidelidad a la tierra, a la familia.

* * *

El abuelo, el tío “Miguelo”, vetusto y elegante a la usanza, jamás se quitó el pañuelo de la cabeza, la faja y la blusa y arrumbó ya muy tarde el calzón de cordellate y adoptó el pantalón de pana de canutillo fino, (pensamos hacer alguna incursión en sus cotos privados), dando ejemplo y al mismo tiempo valentía ante el reto de los nuevos tiempos.

Vamos a entrar pues en este humilde retrato de cómo se vivía por entonces, por medio del verbo de la palabra, expresión de hechos y dichos, que cuando los oímos nosotros fueron en una especie de chammullo, que tan solo realidades conocidas y vividas dan testimonio de fe; somos fedatarios de hecho y por derecho.

* * *

Fijaremos el trabajo a medias entre el segundo y el tercer tercio del año aquel. Ya se habían superado las mayores dificultades, pero aún andábamos a trancas y barrancas, justa expresión tan a la usanza. Ya habían nacido hijos de sangre mezclada, la de los vencedores y la de los vencidos. Se habían “enrunado” ya las trincheras y ahora estábamos derruyendo los fortines y los refugios. Sobre las trincheras nacería nuevamente el trigo, con el hierro de los fortines hacíamos arados. Nada de prodigios, pura realidad impuesta y soportada valerosa y estoicamente.

Se habían superado ya las abiertas zancadillas, los reniegos, las grandes trampas y calumnias, (...), que terminaron en disgustos y lloros, desarraigos (...), aunque después nos juntáramos para darnos así calor y valentía contra las adversidades comunes. Había ganas de trabajar para rehacer las haciendas; había hambres que saciar, que las penas con pan son penas menores, aunque ya no fuese preciso buscar lana en los zarzales, ni coger cadillos para hacer harina, muy amarga por cierto.

* * *

Esta familia que el autor ha elegido –palabra que es anónima–, es de tipo medio-bajo, de las que componían la mayor parte de las familias de aquellos pueblos de la Sierra, y de Bezas, por consiguiente también; el perfil era común, sus economías similares, de acuerdo con los bienes heredados y las plusvalías conseguidas con el trabajo y la buena administración.

No veamos aquí, pues, que al autor ni se le pasó por la mientes hurgar en la profundidades que caracterizan al pueblo. Esta familia puede ser cualquiera, la tuya –quizás– querido lector, la de mi vecino más apreciado, la mía mismo.

Esta familia, una vez rehecho el menguado patrimonio, tan terriblemente castigada por los acontecimientos bélicos y los derivados, se mostraba renuente con frecuencia a hablar del reciente pasado, y parece como si se hubiesen hecho pacto de no agresión.

La situación política en la que las familias vivieron durante tan largo tiempo les llevó a hacer un gran ahorro en diálogos y expresiones; por el contrario se adoptó el lenguaje de las señas, que siempre ha resultado útil y mucho menos comprometido.

* * *

Bienes muebles, inmuebles y semovientes de la familia

De entre cuatro o cinco entes familiares, elegimos aleatoriamente una cuyo activo patrimonial es el siguiente: En primer término –es el mayor patrimonio de la empresa o familia– citamos al matrimonio, tienen cuatro descendientes directos, dos hijas y dos hijos, cuatro se dedicarán ya al trabajo más pesado, incluidos el matrimonio, dos mayores de edad y dos jóvenes, en edad escolar uno y otro terminando el ciclo educativo de la escuela rural. Una casa que habitan y un solar urbano con corral, dos pajares con su corral y eras para trillar las mieses. Tienen cuatro

huertos de regadío, tres cerrados de secano que también crían hortalizas diversas y frutas; ocho fincas en la vegetilla cerca del casco urbano y varias más extendidas por terrenos del término municipal, de secano y rendimientos aceptables en término medio; tiene la familia dos viñas de secano también con diversos frutales de ribazo; una finca pequeña de azafrán, que cuidan muy bien, y tiene además una treintena de colmenas, vasos de corcho, sedentarias.

La familia tiene un mulo, a veces un burro, que acoyunta con el mulo de un vecino (suele acoyuntarse con un pariente o vecino de casa, con el que haya buena convivencia y amistad) además once ovejas y cuatro cabras, que cuida a días con las de otros vecinos, lo que se llamaba por lo común la dula; tenía, por regla general, un par de cerdos para el consumo de casa –aunque siempre se vendía alguna pieza– una docena de gallinas ponedoras y sus gallos y pollitos, un par de docenas de conejos para casa, y también para vender productos, huevos, pieles, etc., y tenían también –muy importante– un fiel perro y dos gatos, a quienes se les daba su ración de comida, además de los huesos y lo que sobraba del puchero, porque todos hacían su labor.

Para todo esto que hemos ido enumerando, la familia usaba la propia vivienda –en Bezas todas de planta calle y dos alturas, alojamiento de animales mayores, vivienda de la familia y cambra o granero de almacenaje de comestibles y trigo– y además todas las familias tenían cerca de casa corrales y cobertizos.

* * *

Es algo complejo evaluar en dinero la producción de una familia en su hacienda y trabajos anejos, en un año natural, es decir, los rendimientos obtenidos para la subsistencia de todos los componentes de la explotación, personas, animales y cosas.

Una familia del tipo que estudiamos, en aquellos tiempos y fechas concretas, solía obtener: 24 cargas de cebada, (la carga en Bezas tenía

12 haces de mies, y el peso del grano unos 30 kg.) 60 cargas de centeno, 55 de trigo, 15 de avena –la avena pesa menos–, y 40 ó 50 kilos de yeros, algunas guijas a veces, también se solía sembrar beza, pero poco.

En tierras de cierta humedad se sembraba también remolacha, para el ganado en el invierno; pipirigallo también para el ganado. Y en los cerrados –humedales con cercas de piedra, generalmente– se sembraban patatas, y en los huertos de regadío se sembraba gran variedad de hortalizas –las propias del terreno–, donde también proliferaban los frutales de linde sobre todo, cerezos, ciruelos, manzanos, membrillos, perales, priscuales, nueces.

En los huertos se sembraba cebada, avena, pipirigallo y alfalfa, para forrajes a los animales domésticos y del trabajo. Y era muy digno de ver la exuberancia de las coles y acelgas que se criaban en aquellos huertos, bien cuidados como jardincillos, que constituían una considerable ayuda en los durísimos inviernos, como alimento para personas. Aquellos pequeños huertos y cerrados constituían la intendencia habitual de los hogares y la cabaña, nada fácil de calcular en dinero, sí en su relevancia en cuanto a la explotación familiar.

* * *

En cuanto a intendencia se refiere, es indispensable citar a los campilleros en primer término por su constancia; penitentes constantes en su condición de comerciantes imperturbables, sus visitas constituían elemento a tener en cuenta, pues de ellos dependía la habitual cacharrería, frutas y otros comestibles, que se consumían en los hogares, y a ellos se vendían, por dinero o a trueque, huevos, pieles, chatarra, trapos, etc..

Luego estaban otros muchos que visitaban el pueblo con asiduidad, los quincalleros, los gitanos, los charlatanes con sus trampantojos y ladronicios, mano de obra barata que arreglaba todo cacharro roto, alguno de los cuales se muestra altanero en museos etnológicos y en “casas bien” de esas que se lo creen. Y llegaban también, de vez en cuando,

trayendo alegría, los titiriteros y los húngaros con sus tartanas y osos bailarines, que traían consigo ilusiones y sueños no satisfechos. Toda esta gente, un tanto tramontana y vanidosa –que me perdonen– no se crean, representaban y ejercían un encomiable papel en la comedia de la vida. Llenaron muchas horas de felicidad en aquellos pueblos, en aquellos hogares todos, no precisamente solo en una casa tipo como la que estamos estudiando. Remendaron infinidad de rotos, hicieron –solo en cierto modo– el papel del indispensable carroñero, limpiando con tenacidad de impurezas amplios espacios, que ellos solos sabían transformar.

* * *

La familia solía criar un par de cerdos para engorde y posterior sacrificio, abastecimiento del hogar y vender alguna determinada pieza, por dinero o al trueque.

Sus ovejas y cabras les daban lana y buenas crías, que vendían para reponer el erario de la Casa; vendían miel y cera, azafrán, nueces; claro, poco de todo, porque tenían poco; pero como lo pagaban a buen precio...

La cebada la daban a los animales, y molida en pastura para los cerdos; igual hacían con el centeno, y del trigo puro comían hecho pan, pastas y en distintos platos culinarios, gachas, etc.

La avena la daban a los animales, cabras, ovejas, conejos, etc., que les gustaba mucho; dicen que de su harina se hacían obleas para la comunión; se solían sembrar guijas, de cuya harina se hacían los puches.

* * *

La paja de los cereales se aprovechaba en su totalidad, bien para dar de comer al ganado, especialmente la de yeros y avena, la de trigo para los machos y la más dura se empleaba para cama de cochinos o cuadras. Y de los cochinos tampoco se tiraba nada, hasta las pezuñas y el pelo se aprovechaba. Aprovechamiento integral.

Las peladuras de patata y otros tubérculos; hojas de col, acelga, nabos, remolacha, se cocían y se daban a los cerdos y gallinas. Aquellas abnegadas amas de casa, llevaban con gran rigor y responsabilidad el cuidado de la Casa, cuidando y alimentando a cuantos vivían en ella, perros y gatos también. Iban al campo siempre con la cesta al brazo, traían yerbas para los animales, acederas y collejas para el puchero, té, saúco, moras, endrinas, rebollones, todo valía para comer o vender, se tiraba bien poco.

No se necesita pensar mucho para comprender. ¿Cómo es posible que en la época a que nos referimos –no precisamente de turbulencias activas–, lodos y posos que todavía humeaban y producían claras pestilencias a las familias, de mediana economía al menos, se lograra ir viviendo y se llegase a un desarrollo casi normal...?

Grupos herméticos y tercos, con frecuencia. demasiado tercos y profundos, que quizás por las atrocidades vividas y sufridas, vínculos de sangre y paisanaje, acordaron vivir en paz. La empresa pues no podía fracasar.

El matrimonio manda, dirige y colabora. El más pequeño llevará la comida al padre al salir de la escuela, el mayor está en otro tajo, volverá a la noche y subirá las talegas al granero; las jóvenes llenas de vida se irán a servir y volverán al verano a recoger las cosechas. Entre actos, entre bastidores, pero viéndolo todo está la madre con reniegos a veces, generosa siempre; a todos dará de comer, hasta a los gatos y los perros; y ella, cuando la comida escaseaba para todos, rebañaba los platos. La empresa no podía fracasar.

* * *

Me contaba el abuelo, que se llegó a esta situación de casi autosuficiencia tras la decisión que adoptó Albarracín, conceder permiso a los de Bezas para roturar tierras de su propio término, o montes comunales limítrofes al término de cada pueblo, convirtiéndose todo aquello en un



El abuelo José llevando estiércol al cerrado de El Toril, en Las Tajadas. Foto: Julián Sánchez V., 1965



El abuelo José segando pipirigallo en La Cerrada. Foto: Julián Sánchez V., 1967

pequeño Oeste tipo América, en donde la gente roturaba en los lugares más inverosímiles. Basta darse una vuelta y mirar un poco, se verán los profundos arañazos que dejó el arado al labrar, en lo que entonces era un grueso manto de buena tierra, que al desprotegerla de las diversas plantas arbustivas, las escorrentías se llevaron esa buena tierra abajo, después de haber dado unas buenas cosechas.

Así se explica esos enormes paredones, en cuya base se asientan imponentes peñascos, que no les sería fácil colocar; primera línea que a través de los años se convertiría en obra que tanto llama la atención. En algunos casos, lo que se ve le induce a uno a pensar en quiénes fueron los que colocaron esas peñas maestras de la gran obra, y total para retener unos puñados de tierra, que les daría otro puñado de espigas, por muy ricas en grano que fueran. Se veían grandísimas cercas de elegantes y sólidas paredes en terrenos que hoy son una simple plataforma pétrea llena de cicatrices del arado. Nos preguntamos hoy, ¿y para qué semejantes obras...? ¿Y para qué semejantes ribazos?.

* * *

Cuando se roturaba en una rocha de considerable desnivel, el agricultor actuaba por pura intuición y el sentido común le aconsejaba que lo primero que había que hacer era una gran pared de contención, más todavía si por la explotación había vallejitos o desniveles pronunciados susceptibles de escorrentías, para retener la tierra, dado que en aquellos tiempos, con las caballerías solamente se podía labrar de lado, nunca de abajo arriba y viceversa, por lo que tarde o temprano la tierra desaparecería de la parte alta; si no había piedra allí mismo, se hacía ribazo, que con el tiempo haría las veces de pared.

Hay claros ejemplos ahí mismo en las vegatillas del mismo pueblo; en todo el gran vallejo de Las Paradas, muy buen ejemplo, hasta el Collado del Molino; Covatorres, la Ceja y todos los Callejones hasta el Escorial, con primorosos y resistentes paredones, acequias de saneamiento; y en la senda de Las Casillas y vallejitos de los alrededores tenemos excelentes

muestras de aquellos habilidosos artesanos, no sabemos de qué época, pero que se mantienen en estado de poder sembrar sobre las terrazas. Colaboraban de esta forma, al mismo tiempo que a mantener sus familias, al mantenimiento de los espacios, a la vez que a dar a esas extensiones cultivadas un bellissimo encanto que alegraba la vista. Quizás de entonces la referencia que el diccionario Madoz hace de Bezas, “un pueblo en donde se produce mucho trigo (...)”.

Y hay antecedentes de nuestros abuelos, –a mí me lo contaba el mío– sobre gente que había en Bezas de no muy buena calaña, que roturaba todo lo que podía, sin ton ni son, por “incordiar al prójimo”, y quizás fuese por esas “calendas» cuando el concejo tuvo que pedir a Albarracín que le mandase «gente de orden», con el fin de contener a malandrines que andaban a la greña constantemente, y que las cosas podían pasar a más.

* * *

Se reñía mucho, se disputaban los mejores trozos de tierra, o lo que ellos creían que eran los mejores; se jugaba a veces bastante sucio y desleal, todo producto de la sensibilidad y susceptibilidades, que estaban a flor de piel. Pero a mí –decía mi abuelo–, ¡caso en los judíos...! jamás me arredró nada; cuando llegaba yo el primero y ponía mis chafas y mojones, nadie los movía; claro, así se ganó algunos dimes y diretes, que maldita la gracia que le hacían; a más de uno le marcó la raya y le dijo, ¡de aquí no pases...!, bueno era él. Y me pregunto yo, ¿En realidad tendría el abuelo “Miguelo” algo que ver, con aquella rama de infanzones de Alcañiz, que dicen, emigró al Campillo y a Bezas...? Por ahí andan los tiros, sangre brava.

Se me ha de perdonar el disgrego, que en cierto modo he hecho, del particular modo de vida de una determinada familia, porque en realidad he introducido distingos y matices que son universales en una misma comunidad.

* * *

En esos años de la fatídica pre-guerra, que tanto habría de cambiar la historia de España, llegaron a los pinares del Rodeno aires de un incipiente progreso, la explotación de la resina, de la que estos pinares, por su situación y por el clima reinante en la zona, pronto se iban a convertir en un nuevo elemento de progreso.

Pero esta llegada de nuevas formas de trabajo tan arriesgado y penoso, no despertaría en principio las apetencias de los más, tal y como había ocurrido con las roturaciones, y pasaría a ser, por algún tiempo, –breve porque enseguida llegó la guerra– recurso de ciertas familias, entre las que podían contarse las más necesitadas y otras del tipo medio, como la que estamos tratando.

Fue después de la “maldita” guerra, claro, cuando, debido a la gran necesidad existente, ya en la primera decena de la también “maldita” postguerra cuando comenzó a llenarse nuestro «gran padre Rodeno» de gentes un tanto desarrapadas, con cierto color de hambre y enormes ganas de trabajar, de ganar alguna perrilla para ir matando la miseria y los hambres acumulados. Pero tardaría algunos años que la labor de resinero entrara en las casas de los agricultores, que tenían otras prioridades, y, porque, –todo hay que decirlo– todavía se consideraba al resinero como un “pobretón”, que trabajaba en la resina porque no tenía otra cosa.

Sería unos años más tarde, ya para mediados de los cuarenta del pasado siglo, cuando estos agricultores de “medio pelo”, como de forma taimada y ruin se les llamaba, entrarán en el juego de ese trabajo. Ignoraban entonces que no tardaría el “noblísimo” y dignísimo oficio de resinero en sus varias facetas, a encaramarse al «cetro» de los más “poderosos”, si es que alguna vez lo fueron. Se dieron cuenta de que bajando un poco más al suelo –aunque ya estaban bastante “amorrados” de ordinario– se igualarían un poco más a los demás, con quienes –a fin de cuentas– iban a vivir y convivir. Y es que en aquellos tristísimos años, a algunos “oscuros e insignificantes personajes” no les importaba

amorrarse y besar el suelo, con tal de que los otros (...) viviesen de rodillas, que es como suele ponerse el penitente cuando implora, y los reos cuando esperan que caiga sobre ellos la cuchilla.

Había que participar también, faltaría más, del ágape del “pobre” resinero, y que así le llegara menos. Pues ya entonces, una de esas familias de “medio pelo”, que tenían que ir a picar pinos para un mejor vivir, en los ocho meses de la campaña resinera, sacaba un buenísimo jornal, y eso no se podía consentir (...).

Uno de los dos mozos de la casa fue de resinero ese año, con un lote de pinos corriente. En ocho meses ganó 4.800 ptas. (600 cada mes) y ayudó a los trabajos de casa en el campo y con sus pocas ovejas, y en sus pocos huertos; un buenísimo complemento dinerario. El tocar ese dinero producía cosquillas, y eso se conocía, se sabía; costaba contener las iras, no se pedía permitir aguantar que “los otros” invadieran sus terrenos, minimizaran sus «conquistas».

* * *

Y los padres aquellos, y sus mozos, vivían de otras muchas cosas, pues los menguados productos de sus tierras no daban para más, así que, de ordinario, con el hatillo al hombro y la diminuta merienda, que, gracias a su buena administración cada día aumentaba un poco, iban subiendo en la escala de valores; en los remiendos.

* * *

Allí la tala de pinos era frecuente, y otras labores de entretenimiento en los montes, las infraestructuras viarias rústicas y urbanas durante ese “tiempo muerto” que allí es el invierno; pero el buen jornal no faltaba a ese mozo de la hacienda de «medio pelo», y si faltaba, leñas había en abundancia, y pueblos que se helaban de frío y no la tenían, allí se vendería a trueque o por dinero, según necesidades más imperiosas y que ya había señalado la «gobernanta» de la Casa.

La hacienda que estamos dibujando –esto era trasladable también a la generalidad–, no cesaba en sus actividades en invierno; como ente vivo que era, continuaba en sus tareas de mejora y entretenimiento de los bienes terrenos e instalaciones y aperos; era un poco, como el trabajo en la colmena, de todo lo cual, el amo de la Casa, el patrón por excelencia, ya sabía cómo actuar en cada momento; acudir al remiendo cuando es necesario, sin dar lugar a que en plena tarea, después, te sorprenda el accidente y rompa la cadena. En esto no era cuestión de dejar para otro día, por ejemplo, el proveer a la Casa de todo lo que era necesario para el normal funcionamiento, preferentemente el avituallamiento de todo lo necesario para pasar estos meses de relativo tedio, encontrando siempre ocupaciones que rompían la monotonía del hogar, y que eran sumamente necesarias, por ejemplo; mientras en el pueblo no existía una instalación fabril eficiente, había que hacer largos desplazamientos para moler el trigo y piensos, al Molinazo, a Gea, a Albarracín, a Tormón, al Cuervo, a Tramacastiel, que suponía hacer tremendas caminatas, que a los jóvenes, por regla general, no les caía mal. Y se me dirá, pero todo eso también lo hacían los agricultores más opulentos... sí, pero en eso también seguían teniendo más medios.

* * *

En estos durísimos meses de invierno, era de ver la diligencia del padre, moviéndose como el rey consorte de la colmena, azuzando a algún zángano que se quedaba rezagado. Había que reparar los portillos de las paredes, quitar aliagas, arrancar aquellas piedras que tanto molestaban al labrar y que él ya tenía señaladas en la finca; atorar, como fuese, las goteras del pajar, que él no podía llevar un día al albañil, como hacían los otros, costaba dinero; lo arreglaremos nosotros y en paz. Y siempre quedaba tiempo, ya lo creo, para cumplir con el culto a los espíritus y a los dioses y al cuerpo, que ilusiones y pasiones no faltaban.

* * *

Y cuando los cuerpos comenzaban a despertar del letargo, otra vez la primavera impelía los nuevos deseos, y las energías llegaban impolutas, deseosas de empezar.

De cuanto se recuerda se puede escribir mucho, que esto solamente es algo así como esotérico esbozo de donde partir.

* * *

Pueblos, sus gentes, sus senderos; es un verdadero placer verlos, andar por ellos. Donde las huellas de este pueblo callado, más que eso, taciturno, aún parecen soportar el cuerpo ahí ante el humilladero, de tanto trabajo. Y tratará de poner una piedra más sobre el gran muro que contendrá las avalanchas, por si acaso, una ramita más sobre la gran pira que mantenga vivas las esperanzas. Mirad, mirad, os asombrareis tal esfuerzo para tanto, que ahora parece tan poco.

Gentes profundas de tierras maltratadas, por sí mismo a veces. Se está pasando el tiempo, no esperéis tanto; aún queda espacio, y queda alguna esperanza para nuevas realidades.

*Gente enrocada en sus profundidades,
en su obscuridad, cambiar liturgias.
Salir a la luz, claridad en las ideas,
so pena de perder al momento las bondades,
las buenas corrientes que traen nuevos aires
antes que aparezca el vendaval.*

